

**Pregón de las fiestas de la  
VIRGEN DE CANDELARIA**

**7 de Agosto de 2019**

**Leído en el  
Claustro del Real Convento de Nuestra Señora de  
CANDELARIA**

Sras. y Srs.

Sra. Alcaldesa D<sup>a</sup>. María Concepción Brito Núñez

Sras y Sres. Miembros de la corporación municipal de Candelaria

Rvdo. Padre Prior y miembros de la Comunidad de Frailes  
Dominicos del Real Santuario de Nuestra Sra. De Candelaria

Desde que la Sra. Alcaldesa de esta Villa de Candelaria me cursó verbalmente la invitación en nombre de la corporación municipal para que pronunciase el pregón anunciador de las fiestas patronales de este mes de Agosto de 2019 y al expresarle mi aceptación y reconocimiento por el honor que se me concedía, inmediatamente comencé a hacer acopio de información con el objeto de mejor documentarme para la función encomendada.

En primer lugar, solicité los textos leídos por los pregoneros de los diez últimos años que me han precedido en esta responsabilidad, textos que leí con mucho interés. A continuación acudí en busca de auxilio a varios amigos profesores universitarios en las diferentes materias de la historia de nuestras dos universidades, los que por cierto me proporcionaron amplia bibliografía, recomendándome a

la vez trabajos muy variados que iban desde las consideraciones del historiador realejero Javier Lima Estévez, o la obra de fray Alonso de Espinosa *Del origen y milagros de la Santa imagen de Nuestra Señora de Candelaria* publicada en Sevilla en 1581 en la que recopila cincuenta y siete milagros, curaciones, rescates y otros hechos sin explicación racional, rindiendo culto los guanches en una cueva que con posterioridad sería cristianizada bajo la advocación de San Blas.

Pasando por las crónicas del cronista Juan Núñez de la Peña con su obra de 1676 titulada *Historia de las Islas Canarias*.

O relatos de viajeros de diferentes nacionalidades como los de George Glass que en su libro *Descripción de las Islas Canarias* lleva a cabo curiosas consideraciones sobre la virgen de Candelaria.

Sin embargo, especial referencia requiere el polígrafo realejero José de Viera y Clavijo (1731-1813) -al que también volveremos a hacer referencia más adelante- en su texto *Historia General de las Islas Canarias* indica que ya con anterioridad Francisco López de Gómara había señalado en su obra *La historia General de las Indias* que la imagen de nuestra señora de Candelaria la adquirieron a través de los cristianos europeos que merodeaban por estas costas. Afirmación con la que Viera y Clavijo no se identificaba.

Especial curiosidad despertó en mí la descripción del temporal de 1826 que hizo el sacerdote Antonio Santiago Barrios proporcionando detalles del triste final de la imagen que posteriormente es reemplazada por una nueva tallada por el escultor orotavense Fernando Estévez de Salas, lo que describe con rigor el estudioso y miembro del Instituto de Estudios Canarios D. Octavio Rodríguez Delgado en su monografía titulada “*El terrible aluvión que azotó Tenerife en 1826 y sus irreparables daños en Candelaria*”.

Pude acceder a la obra de David Fernández *Biografía de Candelaria* dedicada al culto en los estados venezolanos desde el Distrito federal al de Anzoátegui, pasando por los de Apure, Aragua, Bolívar, Carabobo, Falcón..etc.

La mar ha unido ambas orillas durante siglos a través de un proceso constante y continuo en la historia de Canarias: la emigración. Suponemos que a través de la mar llegó la imagen a nuestras orillas, un día triste del año 1826 desapareció en la mar arrastrada por la riada. El fervor del pueblo permitió recuperar de nuevo la talla que hoy resguardada mira al mar. En varias ocasiones ha recorrido la isla que la venera.

Después de las lecturas de muchos de los documentos a los que he estado haciendo referencia con la intencionalidad de inspirarme para la redacción del pregón y después de meditarlo pensé que, dado que ni soy filósofo, ni historiador, no debo hacer esfuerzos de aparentar lo que no soy, sino que debo presentarme y expresarme ante Vds. como lo que he sido a lo largo de mi vida que lo voy a sintetizar como por un lado con un compromiso social manifestado en las instituciones públicas en las que he prestado servicio y por otro lado como profesor de física, de una disciplina científica vinculada al comportamiento de la atmósfera que hoy tanto nos preocupa.

De esa dualidad surge el texto que les paso a leer:

“Comienza haciendo lo necesario; luego haz lo posible y de repente estarás haciendo lo imposible”.

Esta frase que acabo de leerles se le atribuye a San Francisco de Asís

Nos reúne hoy una antigua tradición de indudable contenido religioso, histórico y social. Una celebración que hunde sus raíces en aquella época de cruce de civilizaciones que fue la Conquista y colonización de nuestro Archipiélago por parte de quienes extendieron su periplo vital más allá del continente europeo a finales de la Baja Edad Media. Como ocurre con otros muchos procesos similares, desarrollados en aquellos tiempos, aquel encuentro entre seres humanos de procedencia diversa, fue contado de múltiples maneras y con relatos llenos de rasgos similares. Ficción y trozos de lo realmente acontecido se fundieron a lo largo de los siglos siguientes y permanecen en nuestros días. Lo que hoy nos convoca en Candelaria es muestra elocuente y destacada de lo que, convertido en tradición, han conocido y experimentado quienes nos precedieron y que, a su vez nos lo han transmitido en cada generación. Permítanme que antes de adentrarme en este Pregón exprese un sentir que sin duda nos es común a todos. Y es que, con seguridad, cada uno de quienes nos encontramos hoy aquí, compartimos la emoción del recuerdo que nos suscita este día. Muchos de nuestros seres queridos lo experimentaron y nos lo legaron a nosotros. Por eso es también un momento en que nuestros sentimientos reflejan el cariño y la añoranza de quienes hoy ya no están aquí, aunque sigan muy presentes en nuestro corazón.

Es muy probable también que, para cada tiempo pasado, quienes vivieron entonces y al conmemorar la Fiesta de la Candelaria, llegasen desde distintas rutas a este lugar motivados

por las vivencias, las ideas y las vicisitudes que marcaron la vida de sus generaciones. Celebraban con toda formalidad y con arreglo a la Liturgia un ritual centenario. Sin embargo, la significación profunda de todo ello ha ido en cada ser humano más allá de un relato, más o menos figurado, como se sigue haciendo aún tal y como vemos en la representación de unos sucesos antiguos. Quiero decir con ello que tras la precisa narración de tales sucesos, se esconde un significado más hondo y más cercano a nuestra vida. Quisiera explicar esta idea recurriendo a como la expresó hace más de doscientos años un tinerfeño cuya obra escrita dejó una monumental aportación al conocimiento del Archipiélago Canario. Me refiero a José de Viera y Clavijo, formidable intelectual, sacerdote y personalidad adelantada a su época en muchos sentidos.

Nos cuentan quienes se dedican a la historiografía y a la historia religiosa que es muy frecuente encontrar múltiples ejemplos –los vemos tanto en Europa como en América tras la Conquista- en los cuales la cristianización de las sociedades aborígenes o locales se cimentaba en el uso de las propias tradiciones y creencias de éstas para, reinterpretándolas, usarlas de cauce de asimilación y conversión. Vemos muchos casos en los que un lugar o unos ritos primitivos adquieren nuevo significado. En los estudios sobre la Virgen María, en la parte de la teología católica dedicada a la virgen, llamada mariología, pueden verse narraciones muy similares en las que los antiguos habitantes, en un lugar que para ellos tenía especial sentido por tener carácter de santuario o de celebración ritual, se aparece la Virgen y se suscita el proceso cristianizador; el de la cristianización.

Viera y Clavijo nos lo expuso en dos casos similares: el de la Virgen del Pino en Gran Canaria y el de Nuestra Señora de la

Candelaria en Tenerife. No quisiera ahora reiterarles la narración del prelado ilustrado que aparece en su conocida Historia de Canarias. En ella y siguiendo a historiadores más antiguos, como Fray José de Sosa, relata lo que la tradición recoge sobre aquellos sucesos en los que la imagen de la Virgen en una cueva o en un pino es encontrada por los habitantes de esas islas. Me gustaría detenerme en otras expresiones con las que remata su referencia a aquellos sucesos. Y ello porque, como verán, la idea que expresaba con anterioridad relativa al significado de esta celebración y al sentido en que interpela a la vida de los seres humanos en cada tiempo, requiere que de alguna forma trascendamos las apariencias más o menos ficticias de un relato tradicional.

De esta manera, al concluir el capítulo XXVII del Libro III de la Historia de Canarias, Viera señalaba:

“No os detendremos en hacer reflexiones acerca de las maravillosas circunstancias de esta historia... sin que hayamos adelantado hasta aquí otras noticias que las que han fijado entre nosotros la voz de una tradición respetable, aunque nacida tal vez de los mismos bárbaros, promovida entre los pobladores de Tenerife y sostenida, casi cien años después por los escritos por el P. Fr. Alonso de Espinosa, dominico, quien, como el mismo advierte, “la alcanzó y pudo sacar a la luz de entre aquellos oscuros tiempos, sin que hallase cosa alguna que le satisficiese”.

Nótese la referencia, apoyada en un autor primigenio, a la imposibilidad de encontrar una fuente que demostrara con evidencia primaria lo narrado. Viera no escondió el impulso del científico que era y al que no le era ajena la búsqueda de la

demostración con tales pruebas. Su condición de hombre de fe no le impidió distinguir la figuración de un relato tradicional con el sentido histórico en que lo insertaba.

Parecida, y tal vez, más rotunda referencia la encontramos en otro capítulo de aquella obra de Viera y Clavijo. Se trata de la relativa a la aparición de la Virgen en un pino en Teror. Veamos su descripción:

“Fíjase este memorable hallazgo al fin de la conquista de Canaria y en tiempo de su obispo y conquistador don Juan de Frías. Hasta entonces no tenía esta grande isla imagen aparecida, como las de Tenerife y Fuerteventura; pero es tradición que los gentiles ya habían observado cierta luz que solía rodear aquel árbol, sin que se hubiesen atrevido a reconocerla. Atrevióse el prelado. Subió al pino y encontró una hermosa y devota estatua de Nuestra Señora...”

Tras estas palabras y sin interrupción Viera se adentra en otros pormenores que traslucen la distancia entre lo que informaba recogiendo una tradición y la descripción más precisa, relativa al árbol:

“El pino sí que era un prodigio. Sobre ser eminente, de ramos muy frondosos, y su tronco de una circunferencia de cinco brazas y media, tenía la primera distribución de sus gajos un círculo de culantrillo de pozos tan fresco y tan lozano como si estuviese en un peñasco regado de algún manantial. De este frondoso círculo nacían dos árboles dragos, cada uno de tres varas

desde la raíz a la copa, y en medio de ellos, se dice, estaba la santa imagen, sobre la peana de una piedra, cuya calidad no pudo averiguarse nunca”.

Esta última referencia la recoge de Fray José de Sosa quien afirmaba haber conocido aquella “maravilla de la naturaleza” en el siglo XVII. Mucho más tarde, otros historiadores como el también tinerfeño Antonio Rumeu de Armas, relatarían que las imágenes aparecidas en ambas islas podrían haber sido traídas un siglo atrás por Misioneros que, como los mallorquines, llegaron a las islas antes de la Conquista. No obstante, no deja de llamar la atención las disquisiciones de Viera, en tiempos en los cuales el control inquisitorial aún merodeaba. Aunque tuvo algún problema con el oficio de ese Tribunal, nos legó una obra memorable y luminosa para las gentes de su tiempo. Prueba de ello es que ha perdurado en la historiografía isleña y española hasta nuestros días porque se empeñó en averiguar, como discurrieron los caminos anteriores de la historia insular para ofrecer con ello la mejor comprensión del presente.

No puedo dejar de referirme a la relativamente reciente obra que como cronista le debemos al güimarero, profesor universitario y cronista Octavio Rodríguez Delgado cuya antología de textos descriptivos recogida en la obra “La evolución de un municipio a lo largo de cinco siglos” constituye la primera entrega de la colección bibliográfica “Crónicas de Candelaria”. En ella, desde la época aborígen hasta la aparición de la Virgen y con posterioridad con acontecimientos como el incendio de 1789 en el que se destruyó el convento y la basílica, el temporal de 1826 que arrambló el castillo de San Pedro con la primitiva imagen, la construcción de la nueva basílica, las romerías, las fiestas populares, la infinidad de promesas, la peregrinación perdurable en

el tiempo y la acumulación de testimonios escritos y orales que enriquecen la historia de Candelaria.

La celebración implica peregrinación, las personas de mi edad recordamos desde nuestra niñez, llegada esta fiesta, los camiones con personas sentadas en los tabloneros en la trasera de los mismos que procedentes de toda la geografía insular acudían a la fiesta con ilusión, otras lo hacían caminando horas y horas por veredas y caminos empinados.

Conviene recordar aquella bendición celta dirigida al peregrino, que dice: “Que el camino salga a tu encuentro, que el viento siempre esté detrás de ti y que la lluvia caiga suave sobre tus campos. Y hasta que nos volvamos a encontrar, que Dios te sostenga suavemente en la palma de su mano”.

Reclamo esa obra de Viera y Clavijo y el ejemplo de la tarea que la construyó para nuestro tiempo. Por ello, en la conmemoración que celebramos ahora en torno a la tradición de la Virgen de Candelaria, me gustaría situar aquel espíritu de compromiso con la colectividad y para el momento que atravesamos en nuestros días. Podríamos hacerlo desde muchos ámbitos de la experiencia vital a la que ahora asistimos en estos tiempos de cambio acelerado. En todos ellos encontraríamos motivo para reflexionar y celebrar conjuntamente en que forma hoy se nos convoca a interpretar y a actuar ante lo que nos rodea. Sin embargo, quisiera centrar la atención en un aspecto al que vengo dedicando muchas horas de desempeño en los últimos años. Uno de los retos más complejos a los que nos enfrentamos como seres humanos y cuyo abordaje requiere la participación de todos nosotros sin excepción. Es el propio futuro de la naturaleza de la que formamos parte. El riesgo de perder las condiciones que han

propiciado la vida no sólo de la especie humana sino de muchas de las innumerables especies que nos acompañan en el planeta Tierra.

A finales del siglo XII y hasta las primeras décadas del siguiente siglo XIII, vivió en lo que hoy es Italia una persona excepcional. Se llamaba Giovanni di Pietro Bernardone, aunque seguro que le conocen mejor por el otro nombre que adoptó: Francisco de Asís (San Francisco de Asís). En aquella época, buena parte de la cosmovisión religiosa que en la práctica era la que conformaba la idea del mundo y de la vida que tenían aquellas sociedades, se centraba en resaltar el carácter principal y excepcional del ser humano como criatura especial creada por Dios. No parecía prestarse atención a lo que le rodeaba a la hora de considerar lo que en la Biblia se nos relata como la Creación. Pese a que en ella se narra la gestación del conjunto del Universo, se había construido una cultura religiosa y una antropología casi excluyente. Vino como en otros aspectos Francisco de Asís a abrir los horizontes. Expresó con mil detalles que “la naturaleza” formaba parte del mismo plan divino y que el ser humano debería considerarla desde esa dimensión. La vida humana no era realizable fuera de ella. Consideraba que la presencia de la creación divina no se limitaba a las personas, se encontraba en todos los seres, en el conjunto de la naturaleza y del Universo.

Recordarán una película que trataba sobre la vida de Francisco hace ya algunas décadas. Finalizaba con unas imágenes en las que cuando iba a morir se desnudaba de las ropas y se extendía sobre la Tierra, fundiéndose con ella y expresando la indisociable condición de los seres vivos que les hace relacionarse para convivir. Un bello ejemplo no solo porque rompía con la estrechez de creencias de su tiempo sino porque, abría todo un código de comportamiento para la relación entre dos partes que sólo

formalmente pueden segregarse: Naturaleza y vida de nuestra especie. Un código basado en la humildad; en el trato respetuoso y cuidadoso, alejado de la falsa prepotencia que puede advertirse entre el ser humano y todo aquello que le rodea. Francisco de Asís lo expresó en un hermoso poema en que hermanaba a todo lo existente. ¿Lo recuerdan? Permítanme que les cite algunos versos y seguro que nos vendrá de nuevo a la mente aquel Cántico de las Criaturas:

Loado seas por toda criatura, mi Señor,  
 y en especial loado por el hermano sol,  
 que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor, y  
 lleva por los cielos noticia de su autor.  
 Y por la hermana luna, de blanca luz menor,  
 y las estrellas claras, que tu poder creó,  
 tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son,  
 y brillan en los cielos: ¡loado, mi Señor!  
 Y por la hermana agua, preciosa en su candor, que es útil,  
 casta, humilde: ¡loado, mi Señor!  
 Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,  
 y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!  
 Y por la hermana tierra, que es toda bendición,  
 la hermana madre tierra, que da en toda ocasión las hierbas  
 y los frutos y flores de color,  
 y nos sustenta y rige: ¡loado, mi Señor!

Casi diez siglos nos separan de esta manera de convivir en la Naturaleza. A veces pensamos que con el paso del tiempo todo avanza hacia mejor. Pero es una idea muy discutible y relativa. Y es que no está bien el orden de la naturaleza porque el ser humano lo ha alterado hasta tal punto que puede complicarse en extremo la supervivencia tal y como la hemos conocido. Hasta hace poco esta afirmación era discutida y muchos afirmaban que carecía de fundamento científico. Que se buscaba por parte de quienes la sostenían otros fines oscuros. Ahora sabemos que no es así. Hay un

consenso general sobre ella y, también, sobre los retos que coloca ante nuestras generaciones.

Hace pocos días, un veterano ecologista Joel Stewart, vinculado a la organización Greenpeace desde hace muchos años, definía el momento excepcional en que nos encontramos. “*Estamos en un punto en que podemos destrozar el mundo o salvarlo*” afirmaba. Desde fines de la década de los ochenta, hace apenas 30 años, destacaba que se habían generado dos cambios sustanciales para explicar la situación de encrucijada en que nos situamos. Le cito textualmente: “el clima y el poco tiempo que tenemos para evitar una catástrofe”. **El aumento de la cantidad de dióxido de carbono que se ha acumulado en la atmósfera y el incremento de la información de los científicos sobre cómo está cambiando**

Me gustaría añadir también que en gran medida la situación se ha generado por la acción humana, acumulada durante mucho tiempo, pero acelerada en las últimas décadas pese a las evidencias que se tenían de sus riesgos y de la dimensión que posee. Por otro lado, se trata de una realidad que nos concierne a todos sin excepción y que a todos nos convoca para afrontarla. Me parece que es buena ocasión pensar en ello en una conmemoración que relata también una época de encrucijada. Un momento decisivo y crucial que iba a transformar a fondo la existencia de otros seres humanos: la de los primitivos habitantes insulares y las de quienes llegaron desde un lejano continente.

Me gustaría hacerlo de la mano de otro Francisco. Esta vez más cercano a nosotros en el tiempo y que también tuvo otro nombre anterior: el de Jorge Mario Bergoglio. Hoy Su Santidad el Papa Francisco I. Hace poco más de 4 años, el 24 de mayo de 2015, sorprendió a mucha gente dentro y fuera de la Iglesia Católica con una Encíclica admirable. Su inspiración en el revolucionario espíritu del joven de Asís (que no por casualidad hoy es para la

Iglesia Católica el Patrono de la Ecología) es manifiesta desde el mismo título hasta el fondo que preside su contenido. Un título entrañable en el recuerdo de aquel Cántico de las Criaturas que citábamos antes (Laudatio Si –Alabado Seas-) que luego se precisa con el subtítulo de “*Sobre el cuidado de la Casa Común*”.

Se trata de un texto de 184 páginas que titulada “Laudatio si” en referencia a San Francisco de Asís y en la que llama a la conciencia de todo el planeta para actuar antes de que sea demasiado tarde. El sumo pontífice inicia la encíclica con un himno escrito por San Francisco de Asís, santo patrono de los animales y del ambiente. Cita también el libro Génesis para afianzar su argumento teológico, aunque en un pasaje que seguramente sacudirá a algunos cristianos, castiga a quienes citan al Génesis como evidencia de que el hombre tiene “dominio” sobre la Tierra y, por tanto, un derecho ilimitado sobre sus recursos. Algunos creyentes usan ese concepto bíblico de “dominio” para justificar prácticas con técnicas depredadoras. Según el Papa, la Biblia enseña al hombre a “labrar y cuidar” el jardín del mundo, asegura. “*Labrar significa cultivar, arar o trabajar, cuidar significa proteger, custodiar, preservar, guardar, vigilar*”.

Sabido es que con la encíclica, el obispo de Roma se dirige a todos los fieles, sabido es también que las encíclicas influyen en el rumbo espiritual de la Iglesia y naturalmente en su relación con el mundo. Sobre todo, si se trata de encíclicas de contenido político o social, como fueron la Rerum Novarum, de León XIII, de 1891, que estableció la doctrina social de la Iglesia ante los movimientos obreros, o la Pacem in Terris de Juan XXIII, de 1963 que vino a ser la respuesta a la guerra fría.

La encíclica “Laudatio si” de Francisco I, constituye una visión ecológica del planeta, sienta doctrina que, a diferencia de otras cartas papales, no se dirige únicamente a los fieles, sino que

pretende alcanzar a la humanidad entera, con independencia de la religión y de las creencias. Constituye además un llamamiento, en muchos aspectos dramáticos, a la acción urgente ante las catástrofes medioambientales que se avecinan y específicamente a las que se derivan del calentamiento global, dirigido sobre todo a los países más ricos y con mayores responsabilidades contaminantes y a las organizaciones internacionales pero también a los individuos, cada uno en su nivel, para que respectivamente actúen con políticas que limiten los desastres y adopten formas de vida más ecológicas y menos consumistas.

A los creyentes les dice en la encíclica que no se puede amar a Dios sin amar a la naturaleza y a los más desfavorecidos.

Se trata de un texto de gran densidad religiosa e intelectual en el que hay capítulos perfectamente acordes con la literatura católica más devota y otros de lectura más interesante para los laicos que podríamos insertar en el mundo de los análisis económicos.

Curiosamente la encíclica empieza con una evocación del santo inspirador de su papado, de Francisco de Asís y específicamente del poema y oración -al que ya he hecho referencia- que es el “*Cántico de las Criaturas*” y termina con dos plegarias escritas de su mano, la “*Oración por nuestra tierra*” y la “*oración cristiana con la creación*”.

*Jorge Bergoglio* escogió el nombre de *Francisco* por el santo de los pobres y con la encíclica proyecta su filosofía sobre la naturaleza en la que hermana el cuidado del planeta con la atención a los más desfavorecidos, a los que considera las primeras y más importantes víctimas de las catástrofes originadas por el cambio climático.

El Papa se dirige a todos, pero a los creyentes les dice que no se puede amar a Dios sin amar la naturaleza y a los más desfavorecidos. El Papa les conmina a practicar una espiritualidad ecológica, a convertirse a una vida de sobriedad y bajo consumo, exactamente en las antípodas del tipo de religiosidad que funciona como una forma de equilibrio interior o autoayuda. Son reiterados en toda la encíclica los ataques al consumo irresponsable, a la producción de desechos innecesarios, al urbanismo que segrega a los ricos en zonas seguras y ecológicamente limpias y a los estilos de vida arrogantes de los más favorecidos.

Más que nada el Papa Francisco ha querido presentar la encíclica como una llamada a la acción, imbuyéndole un fundamento teológico y espiritual a la protección del medio ambiente. En el documento que es más que una carta dirigida a los obispos, se recalca que *“la humanidad está llamada a tomar conciencia de la necesidad de cambio en su estilo de vida, de producción y de consumo, para combatir este calentamiento o, por lo menos, las causas humanas que lo producen o lo acentúan”*.

Es cierto que hay otros factores (como la actividad volcánica, las variaciones de la órbita y del eje terrestre o el ciclo solar), pero numerosos estudios científicos indican que la mayor parte del calentamiento global de las últimas décadas se debe a la concentración de gases de efecto invernadero emitidos sobre todo por causa de la actividad humana.

La Iglesia no tiene la palabra final, asegura el documento y sabe que tiene que escuchar y promover el debate honesto entre científicos, respetando la diversidad de opinión. Pero la realidad es tan evidente que tiene el deber de hablar. *“Es suficiente mirar a la realidad con sinceridad para ver que se ha producido un gran deterioro del hogar común de la humanidad”*. La encíclica pues, no es un gran análisis de las causas científicas del calentamiento

global, sino que es la visión de la Iglesia sobre lo que considera un problema moral: provocado por el ser humano y que tiene consecuencias más allá del mero efecto físico. No es sólo labor de los cristianos el proteger el medio ambiente: “*el medio ambiente es un bien colectivo, patrimonio de toda la humanidad y responsabilidad de todos*”. La encíclica va dirigida a toda la humanidad. La Ciencia y la Tecnología son el camino para luchar contra el calentamiento global. “Es justo alegrarse de los progresos y entusiasmarse con las posibilidades que se abren con esta continua novedad, porque la ciencia y la tecnología son un producto maravilloso de la creatividad humana que son un regalo de Dios” asegura textualmente el documento, recalcando que la ciencia no es enemiga de la fe.

Repito; la encíclica va dirigida a la humanidad. Nosotros formamos parte de ella. Esta festividad de la Candelaria del 15 de Agosto, no es una festividad pagana. Es a la vez que una festividad católica, se trata de una festividad con profundo sentido cívico. A la virgen de la Candelaria le han cantado poetas como Pedro García Cabrera o miembros de un batallón de trabajadores penados, el nº 91 que destinados a Tenerife una vez finalizada la guerra civil, fueron obligados a la construcción de carreteras y que una vez liberados y en pleno ejercicio de sus derechos, se reunían una vez al año y decoraban el local de encuentro en lugares de Cantabria con carteles de la Virgen de Candelaria; de lo cual he sido testigo.

¿Qué tipo de mundo queremos dejar a quienes nos suceden, a los niños que están creciendo? .Esta pregunta se encuentra en el centro de la Encíclica “*Laudatio SI, repito subtitulada: Sobre el cuidado de la casa común*”. “Esta pregunta no afecta solo al ambiente de manera aislada, porque no se puede plantear la cuestión de modo fragmentario” y nos conduce a interrogarnos sobre el sentido de la existencia y el valor de la vida social.

La encíclica toma su nombre de la invocación de San Francisco *“Laudato si, mi signore”* que en el cántico de las criaturas recuerda que la Tierra, nuestra casa común, *“es también como una hermana con la que compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos”*. Nosotros mismos somos tierra, nuestro propio cuerpo está formado por elementos del planeta, su aire nos da aliento y su agua nos vivifica y restaura.

Pero ahora esta tierra maltratada y saqueada, clama y sus gemidos se unen a los de todos los abandonados del mundo. El Papa Francisco nos invita a escucharlos, llamando a todos y cada uno - individuos, familias, colectivos locales, nacionales y comunidad internacional- a una *“conversión ecológica”* que según expresión de San Juan pablo II, es decir a cambiar de ruta, asumiendo la urgencia y la hermosura del desafío que se nos presenta ante el *“cuidado de la casa común”*.

A lo largo de toda mi trayectoria profesional, tanto en el sector de la docencia como en las diferentes responsabilidades que he tenido como servidor público, he mantenido una pasión y un interés constantes por esto que llamamos el cambio climático, y que algunos, muchos, ya abogan por dejar de llamar cambio y considerar, a todos los efectos, crisis climática.

En las Cortes Generales, por ejemplo, tuve el honor de presidir la comisión de estudio sobre el cambio climático. Viví en primera línea todas las novedades que iban surgiendo desde instituciones multilaterales que, con representantes de todo el mundo, iban alertando del calentamiento global de nuestro planeta y de las consecuencias que ello tendría para nuestro futuro.

Ahora la vida me ha llevado a una nueva responsabilidad que asumo con pasión y en la que además me he topado de nuevo con este fenómeno de la crisis climática al estudiar el impacto del

fenómeno en el continente africano desde Casa África, una institución que, con sede en el Archipiélago canario, en Las Palmas de Gran Canaria, realiza actividades de diplomacia pública, económica y cultural con nuestros vecinos africanos, específicamente del África subsahariana.

Les podrá parecer a todos algo alejado, pero no olviden que si en algún sitio estamos de este planeta es en el continente africano. Geográficamente, y eso no hay nada que lo rebata, Canarias es africana.

Y resulta que me he encontrado con una situación respecto al cambio climático que sinceramente no tenía clara: el continente africano es el continente del globo terráqueo que menos aporta a la contaminación que genera el calentamiento global, solo un 3,8%, frente al 23% de China, el 19% de los Estados Unidos y el 13% de la Unión Europea. Y, en cambio, es el continente que con mayor virulencia recibe los embates de la crisis climática.

Les voy a poner algunos ejemplos: hace pocos meses, Mozambique fue víctima de dos ciclones en muy pocas semanas. Uno de ellos arrasó una ciudad llamada Beira, una ciudad en la que hay un hospital donde diversos médicos canarios llevan años formando a sus especialistas y que gracias a este maravilloso proyecto, una región que históricamente había tenido un enorme déficit de médicos empieza a ver la luz porque cada vez es más factible que les atiendan algunos de los médicos mozambiqueños que se han formado gracias a este proyecto isleño.

Pues el hospital en que trabajan esos especialistas quedó gravemente afectado a causa de un ciclón de cuyo origen nadie duda: el calentamiento de las aguas del océano Índico, que provoca con mayor facilidad este tipo de fenómenos.

En África hay refugiados climáticos. Ocurre en el Sahel, por ejemplo, esta gigantesca franja desértica desde el mar rojo hasta el océano atlántico en nuestras inmediaciones, que comprende países como Sudán, Chad, Niger, Mali y Mauritania. En esta región, la temperatura media ha ido ascendiendo implacablemente, y ha generado graves perjuicios a sus poblaciones, tanto nómadas como sedentarias, que han tenido que emigrar hacia otros países africanos o, en algunos casos (muchos menos) emprender la arriesgada aventura de cruzar el desierto y subirse a una patera o un cayuco, algo de lo que, coincidirán conmigo, constituye una de las situaciones más duras y peligrosas que puede afrontar un ser humano.

En la ciudad de Saint Louis, en Senegal, por ejemplo, el cambio climático es considerado el culpable de que un barrio de pescadores haya ido cediendo terreno al mar a consecuencia de la erosión costera y ahora se haya convertido en el barrio más superpoblado del país.

Estamos hablando de cambios tangibles, reales:

- en los patrones meteorológicos, con mayores sequías y mayor virulencia de las inundaciones (lo hemos visto estos días en Sierra Leona),
- impacto en el suministro de agua y su calidad,
- impacto en la agricultura y los alimentos a causa de las sequías,
- impacto en la salud (se han multiplicado las enfermedades respiratorias, que causan estragos debido al empeoramiento de la calidad del aire y al polvo que éste lleva en época de sequías),

- impacto en los movimientos de personas, en el refugio, con especial incidencia en la población más vulnerable, especialmente los niños,
- impactos a nivel de seguridad (ya se habla por ejemplo de conflictos de origen climático, como el que enfrenta a pastores nómadas y agricultores en el centro de Mali)
- y, obviamente, cambios profundos en el ecosistema, la increíble flora y fauna del continente africano.

Creo que en la medida que tenemos este fenómeno delante, y tan cercano, debemos todos hacer la reflexión de que la crisis climática no es un fenómeno del que vivamos protegidos y aislados en nuestro Archipiélago canario.

Permítanme, pues, despedirme con este mensaje, con la idea con la que he querido marcar la línea directriz de este pregón:

- que arrancó con Viera y Clavijo para entender la importancia de lo que tenemos,
- que siguió con San Francisco de Asís para concienciarnos de la importancia de cuidar el medio natural y entender que todos somos parte de él,
- que trajo a colación al Papa Francisco para pasar a la acción y tomar medidas para cuidar la casa común
- y que quise acabar en África para entender que este problema ya está aquí, que lo tenemos en casa, y que debemos actuar todos sin perder ni un segundo más.

Soy consciente de que no acabo de hacer un pregón clásico, pero una de las funciones del pregonero debe ser la de alertar sobre el incierto futuro y aconsejar actuaciones que a todos nos mejoren.

Espero disfruten de estas fiestas de La Candelaria con alegría y a la vez con el cívico comportamiento del cuidado de nuestra casa común.

Muchas gracias por su atención.

José Segura Clavell

Pregonero de las Fiestas de Candelaria

Candelaria, 7 de agosto de 2019